

Isabel la Católica en *Arbor* hace cincuenta años

Hace ahora 51 años que Arbor ponía en marcha una serie de textos antológicos nacidos de la recopilación de artículos publicados en la revista a lo largo de sus ocho años de vida. El primero de ellos estaba dedicado a la Historia de España, y en verdad que se trata de un importante manual de 766 páginas con 29 colaboradores. Se cubrían aspectos ideológicos («Valoración europea de la Historia española»), y cronológicos hasta la contemporaneidad, sin dejar de lado las bases antropológicas o geográficas «en la génesis de España».

La parte IV del monográfico se dedicaba a «La España de los Reyes Católicos y de los Austrias», mientras que la V, lo era a «El siglo XVIII», división pertinente hoy, pero que entonces es posible que tuviera un significado distinto al que le podemos dar ahora.

En verdad es difícil declarar que tuviera predominio un aspecto, o un periodo sobre otro. Pero, de lo que no cabe duda, es de que llaman la atención las ausencias. En efecto, los artículos son, en su concepción, adustos y serios. Las firmas que los avalan no son para menos: Cepeda, Jover, Carande, Maravall, Sánchez Montes (3 veces), Pérez Villanueva, Palacio Atard, Dualde Serrano y Vázquez Doderó.

Frente a escritos lacrimógenos que pudiera haber habido, teniendo en cuenta las fechas por las que se andaba y la edición de obras tan poco afortunadas como la de Llanos y Torriglia¹ y otras similares, lo cierto es que predominaban estudios de comprensión de fenómenos altamente interesantes; esencialmente, la inserción de España en Europa en nuestros Siglos de Oro. En efecto, la imagen de lo propio y lo ajeno; el mundo de las actitudes frente a lo foráneo; la conciencia histórica; la importación del humanismo; o las vivencias ante la decadencia del XVII son los grandes temas que ocupaban estas ciento y pico páginas.

No hay nada sobre Isabel la Católica en sí misma. A los ojos de los que sólo tenemos elementos para juzgar procedentes de las lecturas, entremezclando datos, la cuestión no extraña: aún no se había puesto en marcha el proceso de beatificación con esa ingente cantidad de documentos removi-

dos y editados que a todos nos deja perplejos; seguían las ediciones en continuo goteo de obras hagiográficas de los Reyes...: es decir, hace cincuenta años los conocimientos sobre Isabel la Católica eran aún superficiales, salvando honrosas excepciones.

En verdad que la burda manipulación de la Historia hecha en los años de la Guerra, o en las conmemoraciones politizadas hasta los tuétanos de los años de la postguerra, no podía ir contrarrestada, ni mucho menos, por una defensa, desde las filas de la historiografía, de la veracidad histórica. ¡No se podía poner el cascabel al gato! Sin embargo, no me cabe la más mínima duda de que el proceso beatificador fue, y sigue siendo, un enorme revulsivo para el acercamiento a la figura de la reina. La beatificación ha sido una revolución documental.

Desde mediados del XIX había empezado a surgir una suerte de historiografía científica sobre los Reyes Católicos que tuvo en la obra del hispanista Prescott un punto de inflexión². No obstante, ya desde El elogio histórico de Isabel la Católica de Clemencín³ había habido escritos en que esta mujer aparecía algo distanciada de su esposo. Sin duda que los escritos de principios del siglo XX sobre ella y su hermanastra Juana, la Excelente Señora, ayudaron a la individualización de Isabel. Los primeros escauceos sobre la beatificación habían tenido lugar allá por 1924-1929, sobre todo en este año, el de la celebración del Congreso Mariano Hispano-Americano. Pero todo lo anterior a 1957 (y sus resultados) no fue sino juego de niños comparado con lo que se avecinaba.

En estos primeros años 50 los escritos publicados de carácter político y centrados en Fernando, se llevaban la palma. A renglón seguido apareció una mezcla de textos biográficos de diversa calidad⁴ en los que se trasponían valores tales como el de la mujer en casa, la ferviente fe de la reina, el amor conyugal, la pena por el hijo que se va... Hubo textos en exceso apologéticos y de ninguna calidad histórica, pero de gran calado sociohistoriográfico; se crearon mitos, se expandieron, se fundó la imagen de la Isabel que ha llegado a nuestros días. Por otro lado, en estos años, la avalancha de una historiografía más seria estaba casi por llegar: el rigor de bastantes escritos de carácter espiritual y religioso, por un lado, los estudios institucionalistas por otro, la edición de crónicas y los trabajos de la ya tantas veces citada comisión beatificadora, o la biografía crítica de Azcona (de 1964) hicieron el resto.

¿Qué nos ofrecía Arbor en su Historia de España hace medio siglo?

José Cepeda Adán (a quien antes de ser becario en el CSIC lo tuve por fascinante profesor), editó en 1950 un encendido estudio sobre «El provi-

dencialismo en los cronistas de los Reyes Católicos» en el que, tras unas palabras previas en las que exaltaba el valor de la historiografía y planteaba el problema de la objetividad / subjetividad en el quehacer del historiador, se adentraba en la cronística del reinado.

Nos hace ver Cepeda la velocidad de los cambios de la época y, por ende, su incompreensión desde una perspectiva lógica por parte de los coetáneos. De ellos maneja a Pulgar, de orígenes conversos, que no sólo no se puede desprender de una concepción providencialista de la Historia, sino que aplica sus razonamientos a la época que le toca describir. Mas no sólo es Hernando del Pulgar objeto de su análisis, sino otros muchos más cronistas, de entre los que saca alusiones a la presencia de Dios en cuestiones tales como la Guerra de Granada, o la ascensión al trono de Isabel y en fin, el concepto del momento que les tocó vivir. Se explican, con arriesgadas consideraciones –más aún en los años 50– que es comprensible el que el historiador esté junto a Enrique IV o a Isabel I, en el primer caso por servir a la legalidad, en el segundo porque representaba «el orden y la justicia», si bien es cierto que, por encima de esas consideraciones –que yo llamaría coyunturales– «se mantuvieron firmes muchos conceptos que formaron el suelo ideológico sobre el que luego habrían de moverse los españoles algunas centurias más»: o sea, que, en ocasiones hay que fijarse más en a qué se sirve y no a quién. El dolor moral e intelectual para muchos, por el caos de la República («Carrillo y los suyos representan la anarquía y la guerra. Don Alfonso de Portugal [...] aliado del mal y del pecado. [Los catalanes traidores a su rey Juan II] representan la rebeldía, el mal y la negación de la autoridad» argumenta Cepeda usando palabras de Pulgar) y las consecuencias de la Guerra fue enorme.

Por su parte Dualde Serrano hace una larga reseña del clásico de Ferrari y la titula «La imagen clásica de don Fernando el Católico». A diferencia de Cepeda, Dualde es rotundo: los primeros párrafos de su estudio no tienen desperdicio. Usa términos y conceptos cuya apropiación por parte de algunas corrientes ideológicas, siguen haciendo aún daño en las ideas sobre nuestro pasado común. Dualde habla de Catolicismo e Hispanidad; traza la línea maniquea entre protestantes y católicos codiciosos «de nuestro Imperio»; de Leyenda Negra; tradición histórica y esencias nacionales; en fin, «hacer resplandecer la verdad de España y de inmunizarse contra las propagandas extranjeras»; también «Estado moderno español».

Como acabo de señalar, es la reseña de la obra de Ángel Ferrari, Fernando el Católico en Baltasar Gracián, Madrid, 1945. En su estudio, nos lleva y trae por los textos antropológicos, naturalistas, fisiognómicos y

Presentación

XII

biográficos del Renacimiento y Barroco, como elementos explicativos de la obra de Gracián y hace una rápida incursión sobre la fama posterior de Fernando en los siglos XVIII y XIX. Hoy en día, sin duda, nos interesa mucho más profundizar en las causas de las alabanzas a Fernando o a Isabel como creadoras de realidades históricas. En fin, el trabajo de Dualde termina, no de manera tan brillante como parecía que lo iba a hacer, aludiendo a la importancia de Gracián como creador de la imagen rutilante de Fernando.

José María Jover Zamora había editado en 1948 un artículo sobre «La Alta Edad Moderna». En este trabajo Jover reflexionaba sobre las claves del periodo 1517-1648, desde los inicios de la Reforma a la Paz de Westfalia, como proceso de ruptura de la unidad de Europa. Los fundamentos de su análisis son el estudio de la Cristiandad como concepto jurídico-político, el habsburguismo, la aparición de la política del «egoísmo nacional» y el concepto de Monarquía universal. Pero a ello añade también «la experiencia de un pueblo que [...] sostiene, un poco olvidado de Occidente mismo, una lucha contra el Islam». Esa multiseccular lucha forja formas de pensar de los españoles: al estar habituados a batallar contra el musulmán, se entiende que el enemigo religioso lo es político; el arquetipo de la estirpe ha de ser el caballero cristiano; ha adquirido conciencia de marginalidad con respecto a Europa, de «europeísmo»; la irrupción en la modernidad con el triunfo sobre el Islam y sus consecuencias de percepción nacional.

La política matrimonial emprendida por Fernando el Católico, llevará a la entronización de la Casa de Austria en España. Y con ella, por los ideales carolinos y de sus consejeros, a un irenismo frustrado para con los cristianos y a la guerra contra los infieles. Para Jover estos principios son los que alumbrarán la política de la Casa en los siglos siguientes. Analizados los componentes germánicos en la Guerra de los Treinta Años (1618-1648); el papel de Francia; el de España, concluye que en Westfalia claudicó la gran utopía española: «la gloria y la derrota de España y de su idea constituyen el nervio de la Alta Edad Moderna» y, aún tendría que llegar Utrecht para que fuera el acabóse definitivo. A raíz de Westfalia, «la Monarquía Católica se ha convertido en el Estado español», a imitación de los tiempos de Fernando el Católico, lo cual –infiero– implica la concepción de la llegada de la Casa de Austria una cuña ilógica en el devenir de la Historia de España.

En «Sobre Naturaleza e Historia en el Humanismo español», José Antonio Maravall construye un importante estudio de exégesis sobre las ba-

ses epistemológicas del quehacer histórico y una reivindicación de ese conocimiento en los albores de la modernidad. Nada hay que aluda al reinado que nos interesa, pero, por la importancia del trabajo he de reseñarlo ahora: Maravall deambula por los debates del XV y XVI sobre las preeminencias de los conocimientos, que situaron, en el pensamiento laico, a la Historia a la cabeza. Pero no a cualquier precio, sino sometiéndose a unas reglas, tales como la veracidad del relato; la colocación del Hombre –y no de Dios– en la primera línea; la consideración de la Historia como una Ciencia; el acarreo por la Historia de una serie de valores morales y, con todo ello la consecución de esta disciplina como la mayor sabiduría: ni que decir tiene que las alusiones a clásicos latinos y a cronistas humanistas son innumerables en el estudio en cuestión.

El resto de los trabajos están dedicados a la época de Carlos V, o al pensamiento de la derrota; se edita alguna reseña de tiempos de Felipe II (Antonio Pérez y Marañón; Isabel de Valois y Amezúa). Por ello, he de dejar aquí mis comentarios sobre «Isabel la Católica en Arbor, hace cincuenta años».

Lo dicho hace alusión a lo que sí estaba en ese monográfico. Pero no a lo que no estaba y que, sin embargo, se había publicado con anterioridad en Arbor. Por ejemplo, llama la atención que no se recopilara el trabajo de Rey Altuna, «El pacifismo en la generación española de 1492»⁵. Se dedicaba, fundamentalmente al análisis de las obras irenistas de Vives, Vitoria y Suárez elogiando sus apuntes pacifistas..., y tal vez no eran tiempos para ello. No obstante, pronto empezarán a correr ríos de tinta sobre la escuela española irenista y, desde luego los departamentos editoriales del CSIC tuvieron un gran papel en ese aspecto.

Al año siguiente, el trabajo de Florentino Pérez Embid, «Sobre lo castellano y España», reivindicaba los valores de esta tierra como bases junto a lo catalán o lo andaluz, para la España del futuro. No se olvidaba, naturalmente, de la obra de Dios, pero advertía: «Los mesianismos nacionales [...] es claro que van contra la misma Cristiandad a la que dicen servir...»⁶.

Tampoco encuentro razón para que no se reimprimiese el escrito de Angulo Iñiguez sobre «El retrato de Isabel la Católica del Palacio de Windsor» (¿de 1501?), que aunque síntesis de un trabajo más largo, era a todas luces muy apropiado para haber sido reeditado en esa Historia de España de Arbor.

De haberse impreso más tarde, es de suponer que se habría recogido el vibrante artículo de Vázquez de Prada sobre «Política y economía españo-

Presentación

XIV

las en tiempos de los Austrias»⁸ en el que se preguntaba sobre si existía o no un ritmo en la economía española de los siglos XVI y XVII. Es impresionante ahora, a principios del siglo XXI ver cómo clamaban nuestros maestros por la investigación de archivo y cómo demostrar que había desfases entre economía y política en el XVI y XVII era una hipótesis innovadora. El repaso a las quiebras que hace Vázquez de Prada es importante y va comparándose, en la mente del lector, con la actividad política.

Por último, aludiré, aunque nada tenga que ver con los límites cronológicos que debo mencionar ahora, que afortunadamente se tuvo el buen gusto de no recoger el singular trabajo de Luis Carrero Blanco sobre «Lepanto (La victoria española de la Cristiandad)»⁹, anticipo publicitario de la edición de su La victoria del Cristo de Lepanto que fue Premio Nacional de Literatura en 1948.

Isabel la Católica y la cohesión social

En media docena de estudios analizamos la política social de Isabel la Católica. Contamos con grandes especialistas que han dedicado su vida científica a estudiar este reinado, desde el punto de vista cronológico, o los temas que se abordan, desde el punto de vista conceptual.

Abre el monográfico el análisis de Suárez Fernández. Versa sobre los ideales sociales y la cohesión social en tiempos de Isabel. No da rodeos al marcar claramente los rasgos esenciales del carácter de Isabel y cómo se fue configurando. De ahí, penetra en los vericuetos de la religiosidad y lo sociológico, hablándonos del humanismo y la necesidad de la reforma y cómo se llegó a plantear el renacer del tribunal de la Inquisición, sus primeras y tristes andaduras, el papel de Fernando el Católico y cómo se logró la cohesión en la unidad de la fe.

Una vez que ésta se logró, era imprescindible actuar sobre los males intrínsecos, y de ahí la reforma del clero, de la designación de obispos, de los Estudios Generales...

Mas no todo eran religiosidad o religiones. Hubo también, otros ideales: así, nos habla don Luis del ideal caballeresco como explicación a los comportamientos guerreros, defensivos de unos valores y unas normas, no sólo en la península, sino en América también: en fin, sin religión ni caballería sería imposible comprender a aquella sociedad.

El trabajo del Profesor Luis Antonio Cortés, de la Universidad de Granada, inquiere, y da respuesta a una agobiante pregunta: «¿Fue posible el

establecimiento de unas líneas de convivencia –o, al menos, de coexistencia– entre musulmanes y cristianos en la Corona de Castilla en el reinado de los Reyes Católicos con una cierta garantía de persistencia en el tiempo?». Y la respuesta es negativa. Expone los antecedentes históricos y el desarrollo de acontecimientos, de diversa índole, que culminaron con la nueva guerra de Granada de 1501. El autor nos lleva por reflexiones sobre coexistencia y convivencia; un poder supremo y dos subculturas; la existencia de discriminaciones entre juderías y morerías, conceptos como Reconquista y Cruzada... para exponer la realidad de los acontecimientos de la Guerra y de las capitulaciones hasta la marcha de Boabdil y la percepción de los musulmanes mudéjares para los cristianos, nuevos repobladores. No puede dejar al margen aspectos tales como la expansión del culto a la Encarnación, y en fin el proceso de castellanización y el fin de la sociedad dual, como única salida ante la imposibilidad de integrar a la población musulmana.

Por su lado, el Dr. Valdeón Baruque, de la Real Academia de la Historia, hace un sintético recorrido por el reinado mostrándonos los hitos más importantes que hubo para lograr cohesión social.

Divide el estudio en tres grandes bloques, naturalmente, que de sociedad estamental hablamos: nobleza, clero y «gente menuda». Con respecto a la nobleza, expone cómo cede su espacio de poder político, pero a cambio de apropiarse del económico y asimismo, que en esas cesiones de espacios, es muy importante contemplar la presión de los letrados. Para llegar a esas aseveraciones, nos muestra cuáles fueron los mecanismos de exclusión de la nobleza díscola y los de compensación de la nobleza leal. En segundo lugar, el papel de las ciudades y sus oligarquías en la época. Parte del principio que, la importancia de Castilla, se debe en buena medida a la trascendencia de sus ciudades por su fuerza económica y su capacidad cohesionadora. En ese sentido, no se puede dejar de hablar de las Cortes, o del maridaje entre riqueza y linaje. Asimismo, nos trae al recuerdo cómo Isabel corrigió decisiones en las que se vieron afectados los ataques urbanos, como en los casos de Segovia y Burgos. Y concluye, «los monarcas, deseosos de alcanzar en sus reinos la paz, no dudaron en salir en defensa de los núcleos urbanos. De esa forma se daban importantes pasos para lograr una cohesión social en sus reinos». Con respecto a sus apreciaciones sobre el tercer estado, en una visión cronológica, nos enseña cómo se pasó de momentos de grave conflictividad a otros de orden, demostrándose así que se pudo cohesionar la estratificación social necesaria. En otras palabras, «los campesinos confiaban en la actuación de la justicia regia». Dedicó la parte final del estudio a la presencia de las

Presentación

XVI

minorías religiosas y a cómo, desde procesos de estigmatización religiosa, se pasó a la racial: sin duda que este apartado llama a profundas reflexiones historiográficas.

La profesora Rábade, de la Universidad Complutense, parte del principio de que con la instauración de la Inquisición se pretendió romper ciertas solidaridades y construir otras nuevas. Así, demuestra cómo se actuó contra familias determinadas, porque «en efecto, el criptojudasmo era, frecuentemente, una cuestión familiar», entre otras cosas, porque ellos buscaban la endogamia, no sólo por cuestiones religiosas, sino de seguridad. Claro que, cuando había una delación, se desmoronaba todo el entramado. Y si sobre esos principios y actuaciones estaba el desunir, había otras estrategias para unir a los dos modelos de cristianos. El estudio de Rábade muestra las difíciles, conflictivas, lógicas y abyectas relaciones entre unos y otros. Sabe demostrar, con claridad, cómo tan espinoso asunto no hay que tratarlo con dolores maniqueos, sino con la objetividad propia del historiador. De nuevo, en este monográfico, vuelve a aparecer el problema más grave que nos interesaba aducir: las dificultades para la integración y la asimilación no proceden siempre de la mayoría, ni es su sola responsabilidad.

En lo que respecta al trabajo de Nicasio Salvador, Catedrático en la Universidad Complutense, fija con detenimiento las calidades y las fases de la instrucción de Isabel, para que sepamos qué es lo que se esperaba que supiera una infanta del primer Renacimiento, que no iba a ser reina. Hace hincapié –corroborándonos satisfactoriamente en lo que imaginábamos– en la trascendencia de los años de Arévalo (aunque pésimamente documentados), pero dedicando agudas reflexiones a sus aprendizajes en la Corte de Enrique IV, en la que «conservó y practicó el portugués aprendido en la infancia, se ilustró en saberes característicos del mundo cortesano (música, danza, baile, equitación, ejercicio de la caza, diversos juegos de mesa y determinados tipos de lectura), mantuvo sus primeros tratos con intelectuales y escritores, aprendió a apreciar la literatura en sus distintas variedades y a comprender el valor de la bibliofilia y el mecenazgo. En suma, en este período, se plantaron las raíces más profundas de su personalidad y se marcaron actitudes y vivencias hacia el mundo cultural que mantendrá a lo largo de su vida...» Lo que más me ha interesado del trabajo de Salvador, amén del rigor metodológico, y de la frustración por la carencia de documentos, es el constatar cómo el big-bang de las publicaciones (universitarias, autonómicas, locales y para más inri, congresos desperdigados por doquier) hace que, hoy por hoy, nos resulte imposible, ni aun Internet en ristre, saber qué se escribe o edita por España. Así que

cada cual a su espacio cerrado. Menos mal que meritorios esfuerzos dan luz a las tinieblas (la bibliografía coordinada por LADERO sobre los Reyes Católicos, BIHES-XII, CINDOC, Madrid, 2004, es una buena prueba de ello).

No podía faltar en este monográfico alguna alusión al mundo de la Historia del Arte. Pero he preferido encargar un texto que versara sobre la «construcción» que nos ha llegado del reinado. Nadie, pues, como el Dr. Wifredo Rincón, Investigador Científico del CSIC, para acometer la tarea. Pone de manifiesto que, si ya se pueden rastrear manifestaciones de pintura historicista en el XVIII, es precisamente durante el reinado de Isabel II, cuando llega a su máxima eclosión la representación del reinado, sobre todo a partir de la puesta en marcha de las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes desde 1852-1856, fenómeno que dio incluso para escribir manuales sobre cómo debía ser la técnica del pintor de Historia.

Así empieza el trabajo de Rincón, quien nos lleva por el comentario historiográfico y artístico de las obras que plasmaron la muerte de la madre de Isabel, aspectos de la juventud de la futura reina, la reconciliación de Segovia, la batalla de Toro, y otros momentos estelares del reinado, como las formas de administrar Justicia, alguna entrada real, por supuesto, la expulsión de los judíos, el aprendizaje con La Latina, la propia educación del príncipe don Juan, la visita del cadáver de su padre Juan II, las muchas representaciones de la Reconquista de Granada, del Descubrimiento de América (¡cuánta pintura se debe a las conmemoraciones del IV Centenario de estas gestas!), el testamento y la muerte de la Reina –tan impresionantes para todos los tiempos y todas las generaciones–, los temas en los que aparece Fernando de Aragón y, en fin, dos menciones a otros tantos retratos de los Reyes, hoy en Segovia y en Zaragoza. Con este trabajo, ágil de lectura y verdaderamente interesante para un lector de Historia que quiera saber cómo nace la imagen de nuestro pasado que todos tenemos en la retina, W. Rincón da un cerrado repaso a la pintura historicista del XIX.

El haber reunido esta serie de artículos se debía a una necesidad última: comprender los mecanismos por medio de los cuales triunfó un discurso ideológico unificador en la España de los siglos XVI y XVII. Para otros momentos queda el análisis de las consecuencias. En cualquier caso, no cabe duda de que fue un reinado de duración media que tuvo una proyección espectacular, multiseccular. Por medio de la cohesión social, construyó «una» España que ha llegado a nuestros días.

Presentación

XVIII

Notas

¹ Llanos y Torriglia, F.: *En el hogar de los Reyes Católicos y cosas de sus tiempos*, Eds. Fax, Madrid, 1946.

² Prescott, W. H.: *Historia del reinado de los Reyes Católicos...*, 4 vols., Ribadeneira, Madrid, 1845-1846.

³ Publicado en las *Memorias de la Real Academia de la Historia*, VI, Madrid, 1821.

⁴ Así, el ya citado de Llanos que pondría en relación con una antigua conferencia suya sobre Catalina de Aragón, Llanos y Torriglia, F.: *Catalina de Aragón, Reina de Inglaterra* (conferencia leída en la Unión de Damas Españolas...), Madrid, 1914; también, Maura Gamazo, G.: *El príncipe que murió de amor*, Espasa Calpe, Madrid, 1944, etc.

⁵ *Arbor* (Madrid) 21 (1947), pp. 458-475.

⁶ *Arbor* (Madrid) 35 (1948), pp. 263-276.

⁷ *Arbor* (Madrid) 63 (1951), pp. 358-360.

⁸ *Arbor* (Madrid) 90 (1953), pp. 145-159.

⁹ *Arbor* (Madrid) 35 (1948), pp. 181-192.

Alfredo Alvar Ezquerra